

VACCEA 2017

ANUARIO



Universidad de Valladolid Facultad de Filosofía y Letras
Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg

Núm. 11, octubre 2018

www.pintiavaccea.es

5 €

PINTIA CAMPAÑA XXVIII

EXCAVACIONES EN LAS RUEDAS

BASURAS Y FURTIVOS

UN DEPÓSITO DE LOS AÑOS OCHENTA
EN LA NECRÓPOLIS DE LAS RUEDAS

II. TINTINNABULA

CERÁMICA.
PRODUCCIONES
SINGULARES

EL PERRO Y EL CALDERO

REFLEXIONES
SOBRE UN ICONO
ARÉVACO-VACCEO

DESPUÉS DE PINTIA

EL MONASTERIO DE
SAN SALVADOR DE PEÑAFIEL

9 + 1 ZONAS ARQUEOLÓGICAS EN CASTILLA Y LEÓN

PINTIA HETERODOXA E IRREDENTA

PREMIOS VACCEA

Convocatoria 7.ª edición 2020

En el acto de entrega de la sexta edición de los Premios Vaccea, que tuvo lugar en el Aula Magna Lope de Rueda de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, en el mes de octubre de 2018, quedaron convocados los correspondientes a su séptima edición, que tendrá lugar el año 2020. Podrán optar a los mismos, en sus distintas modalidades (véase www.pintiavaccea.es), cuantas instituciones, públicas o privadas, empresas o particulares se presenten o sean presentados, acompañando la documentación que les justifique como acreedores a los mismos; además se tendrán en cuenta las propuestas del jurado de la mencionada edición.

Quienes deseen optar a los Premios Vaccea habrán de dirigirse al Director del Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg (Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y Ciencias y Técnicas Historiográficas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid, plaza del Campus Universitario s/n, 47011 Valladolid).

Esta convocatoria permanecerá abierta hasta el 1 de junio de 2020.



EDITA

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg
de la Universidad de Valladolid

DIRECTOR

Carlos Sanz Mínguez (C.S.M.)

COLABORADORES

Juan Francisco Blanco García (J.F.B.G.)
Juan Manuel Carrascal Arranz (J.M.C.A.)
Elvira Rodríguez Gutiérrez (E.R.G.)
Luis Alfonso Sanz Díez (L.A.S.D.)
Roberto Sendino Gallego (R.S.G.)
Belinda García Barba (B.G.B.)

ILUSTRACIONES

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg
y autores de los trabajos respectivos, salvo indicación
expresa

DISEÑO

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg

MAQUETACIÓN

Eva Laguna Escudero-CEVFW

PORTADA

Cerámicas torneadas finas anaranjadas, tumba 302
de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y PUBLICIDAD

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg
y Asociación Cultural *Pintia*

IMPRESIÓN

Gráficas Benlis. Valladolid

DEPÓSITO LEGAL: DL VA 523-2017

ISBN: 978-84-09-02538-1



06

pág.

06 **Excavaciones en Pintia.** Campaña XXVIII de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel)

10 **Basuras y furtivos.** Un depósito de los años ochenta

20 **Producciones vacceas.** Cerámica. Objetos singulares. II. Tintinabula

28 **Pintia, proyecto docente**

32 **VacceArte 2017. 9.ª edición.**
Jarros rituales - Canecas rituales

38 **El perro y el caldero.** Reflexiones sobre un icono arévaco-vacceo

48 **Útiles y adornos vacceos fabricados en materias óseas**

58 **Una broca de bronce para taladro.** Necrópolis prerromana de *Dessobriga* (Osorno, Palencia)

64 **Después de Pintia.** El monasterio de San Salvador de Peñañiel

76 **9 + 1 Zonas Arqueológicas en Castilla y León.** *Pintia* heterodoxa e irredenta

82 **Mondar cantos rodados.** El paleolítico termina *circa* 1950

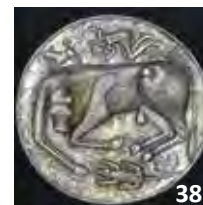
88 **La otra mirada**

90 **Noticiero vacceo**

98 **Humor Sansón**



10



38



20



82



48



32

PROYECTO PINTIA
Equipo de investigación 2017

Director

Carlos Sanz Mínguez, profesor titular de Prehistoria, Universidad de Valladolid

Coordinadora

María Luisa García Mínguez, presidenta de la Asociación Cultural Pintia

Diseño de las exposiciones

Ignacio Represa Bermejo

Personal contratado

Eva Laguna Escudero
Lydia Pérez Ruiz
Ángela Sanz García

Colaboradores

M.ª Mercedes Barbosa Cachorro
Juan Francisco Pastor Vázquez
Félix Jesús de Paz Fernández
Carmelo Prieto Colorado
Joaquín Adiego Rodríguez
José Carlos Coria Noguera
Luís Pascual Repiso
Asociación Cultural Pintia
Voluntariado pintiano

Alumnos participantes en la campaña de excavación XXVIII

Lucian Aurelian Soare	Jaron Davidson	Nicole Rossiter
Sarah Bell	Guillermo García Alcalá	Estrella Sanz Pargas
Owen Brandy	Zach Goldstein	Kristen Squires
Jason Cellars	Joshua Ramsey	

MONDAR CANTOS RODADOS

EL PALEOLÍTICO TERMINA CIRCA 1970 d.C.



Panorámica de las viejas eras de Padilla de Duero, invadidas por las hierbas, y del camino a Manzanillo delimitado por grandes piedras calizas; en el plano medio la última caseta en pie; al fondo a la izquierda el cerro de Pajares. Sobre estas líneas uno de los cantos mondados (vista anteroposterior y lateral) sobre cuarcita recogida en las eras.

No resulta infrecuente encontrar en superficie, en un amplio espacio entre las elevaciones de la iglesia de Padilla de Duero y la del pago de La Revilla y afectando al subsuelo de todo el pueblo, una curiosa industria lítica elaborada sobre cantos rodados de río, cuarcitas en su mayoría, cuyos núcleos descortezados muestran semejanzas las más de las veces con las arcaicas industrias olduvayenses de cantos trabajados que, con tanto ahínco, fueran buscadas en el pasado en Europa para equiparar, sin gran éxito, la secuencia de ocupación humana a la africana en los inicios del Pleistoceno Inferior, esto es, en torno a los dos millones de años, expresión, por otro lado, del inevitable antropocentrismo de la civilización Occidental.

Hoy en día se admite ese modo 1 de Graham Clark para las industrias de TD6 de Atapuerca, es decir, para un rango de un millón de años; se explica cronología tan moderna para esas industrias en el sur del continente europeo —cuando en África se ha extendido ya hace tiempo (1,6 Ma) un modo 2 o achelense de la mano del *homo ergaster*— como consecuencia de posibles migraciones humanas hacia Europa no desde el continente africano, sino desde el asiático (al que el *homo habilis* habría llegado de África en el rango de los 2 Ma), antes, por tanto, de la adquisición de dicho modo achelense.

Sea como fuere, las industrias olduvayenses se denominan "de cantos trabajados" por ser característico de ellas la presencia de útiles sobre núcleo

tallados unifacial (*chopping*) o bifacialmente (*chopping-tool*). Considerados útiles esenciales durante algún tiempo, estudios traceológicos más modernos y la propia arqueología experimental vinieron a plantear que estos cantos más o menos desbastados fueran en realidad "núcleos de explotación", de los que obtener un número limitado de lascas que serían en realidad los útiles cortantes funcionalmente buscados a partir de este trabajo de talla lítica. Durante el Achelense tales "núcleos de explotación", preparados de diversa forma, seguirán al servicio de la obtención de

ADOS.



mente ante los restos de una actividad relacionada con la reposición de los mellados dientes de los trillos, en una zona que, al menos desde el Calcolítico sino ya desde el Neolítico, muestra testimonios inequívocos de la utilización de este mecanismo tan sofisticado para separar en el cereal la paja del grano. Pero vayamos por partes.

Los abundantes cantos de trillo, caracterización de las colecciones

Estas reflexiones surgen al hilo de la instalación de un transformador de alta tensión en una inadecuada ubicación junto al CEVFW, en el centro del municipio de Padilla de Duero. La sospecha de que pudiera existir un yacimiento del Paleolítico en el subsuelo del pueblo, a partir de los referidos datos publicados, nos movió a intentar provocar el aplazamiento de dicha instalación para poder establecer las cautelas necesarias antes de iniciar las canalizaciones y realizar las alegaciones correspondientes a la ubicación del referido transformador¹.

Las evidencias de las que disponíamos (una serie de guijarros y lascas de cuarcita) se fueron recogiendo en momentos y circunstancias muy diferentes, desde simples paseos sin afán de búsqueda en los que los objetos parecen encontrarnos a nosotros, a prospecciones en el entorno de la iglesia de Padilla, a la limpieza de un gallinero en un domicilio particular o a inspecciones en la ya perdida y abandonada área de las eras. No se trata, por tanto, de un registro obtenido de manera sistemática, pero en la inspección superficial señalada sí que se atendió a otras posibles evidencias que los llamativos núcleos tallados, pudiéndose recuperar también algunas de las lascas derivadas o posibles restos de talla.

La base de esta industria son, por tanto, guijarros o cantos rodados de cuarcita, tan abundantes en las extensas planicies modeladas en los aluviones pleistocenos y subactuales del valle del Duero (Calonge, 1995: 33), por lo que su aprovisionamiento en ningún momento debió de ofrecer grandes dificultades.

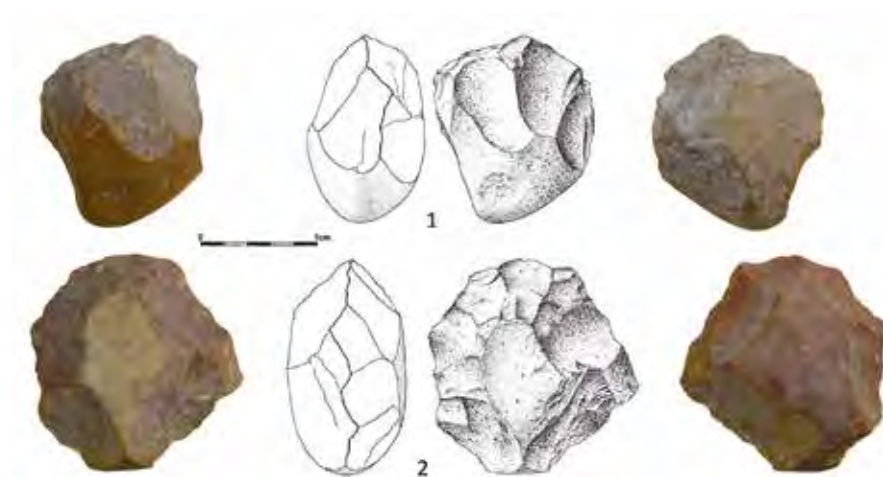
Hace no mucho se llamaba la atención sobre la publicación errónea de varios conjuntos líticos inventariados en la *Carta Arqueológica de la provincia de Segovia* como yacimientos del Paleolítico Inferior, caracterizados, como

lascas, como también se producirán útiles sobre núcleo de tipo bifaz.

Algunos de estos objetos de industria lítica padillenses fueron presentados ya, en una aproximación preliminar, como evidencia de una industria achelense, identificando «núcleos de los tipos 4, 6 y 7 de Querol y Santonja (poliédricos, discoidales y con extracciones centrípetas en ambas caras), cantos bifaciales, útiles diversos sobre lasca y algún bifaz», que por su posición me-

dia-baja en la terraza del río se asimilaban a fechas avanzadas del Pleistoceno Medio (Delibes, 2003: 24-25, fig. 1).

Se impone, sin embargo, mayor cautela a la hora de afrontar estas colecciones líticas que, mucho nos tememos, podría tener tan sólo algunas decenas o centenas de años y cuyo límite más moderno de explotación y uso se situaría en la mecanización de las tareas del campo. En efecto, tenemos la sospecha razonable de encontramos mayoritaria-



Núcleos de trillo sobre cuarcita de Padilla de Duero carentes de pátina, interpretados como industrias del Paleolítico (Dibujos según Delibes, 2003: 24, fig. 1).

los nuestros, por estar realizados sobre cuarcitas y formados por cantos trabajados y núcleos, algunos con factura bifacial (Álvarez y Andrés, 2011: 178).

El objetivo de la talla de cantos de cuarcita por parte de los trilleros fue la obtención de lascas, generalmente corticales y de dimensiones más o menos regulares, por lo que cuando se descortezaba el canto termina su aprovechamiento, siendo muy fácil la reconstrucción de las secuencias de talla (Álvarez y Andrés, 2011: 184). El análisis tecnológico de los conjuntos trilleros segovianos considerados permitió diferenciar tres grupos: los afines a morfologías paleolíticas, los que no tienen morfología determinada y los que presentan series aisladas con escaso aprovechamiento y apenas transformación del canto (Álvarez y Andrés, 2011: 184). Destacan con buen criterio los autores que las proporciones en que concurren unos u otros tipos no deben ser objetivo prioritario de investigación por su carácter aleatorio y totalmente secundario (Álvarez y Andrés, 2011: 185). Pero además los conjuntos trilleros carecen de las pátinas y alteraciones postdeposicionales características de los conjuntos paleolíticos (Álvarez y Andrés, 2011: 187).

Nuestra colección de cantos participa plenamente de dicha categorización, siendo típicos los levantamientos centrípetos, a veces bifaciales en relación sobre todo con piezas que presentan dos planos naturales; aunque no incluidos en las figuras que ofrecemos, existen múltiples cantos con dos o tres extracciones que encajan en el tercer grupo descrito. Pero quizás lo más llamativo de estas piezas sea la falta de pátina que ofrecen las superficies negativas de

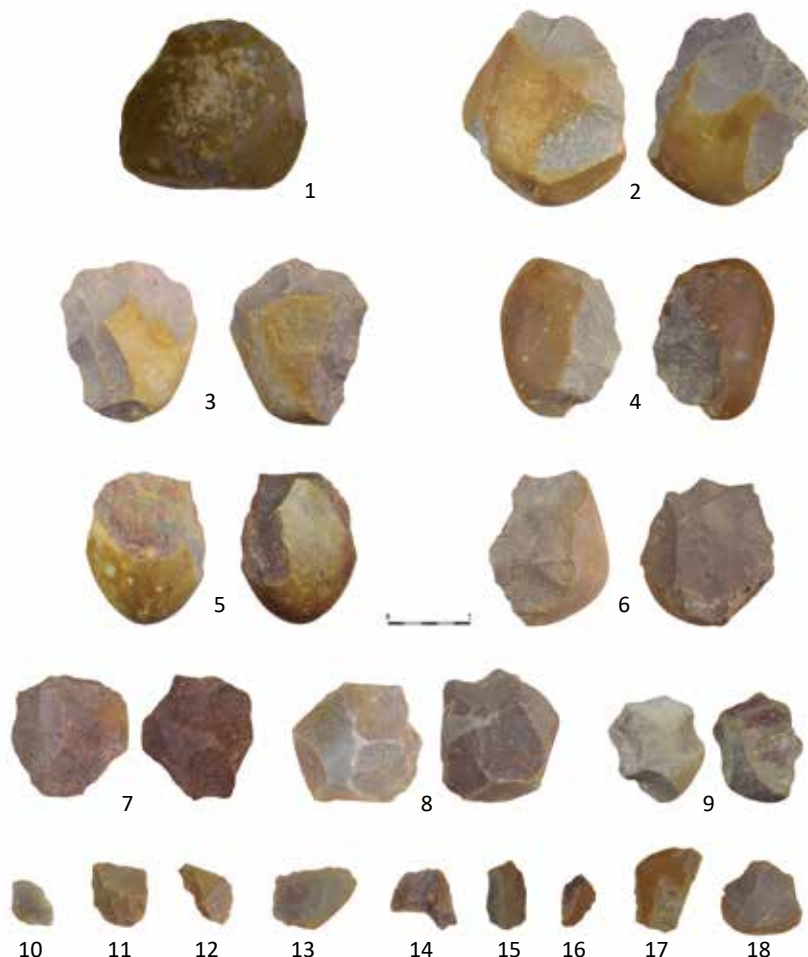
las extracciones. Finalmente, entre los restos de talla recuperados, creemos que la mayoría de estas lascas responden a desechos de trilleros por tamaño inadecuado o mala conformación.

Sobre la posición primaria (presencia habitual de cantos en el sustrato

geológico de la zona) o secundaria (ausencia de tales piezas en dicho sustrato y, por tanto, traslado desde otros puntos) de los yacimientos trilleros, caben también algunas consideraciones en relación a las evidencias padillenses.

En la primera categoría incluiríamos a las industrias distribuidas entre La Revilla y la iglesia parroquial, abarcando todo el casco urbano, con particular incidencia en la tierra comprendida entre el templo y la orilla derecha del arroyo de La Vega; entre las segundas, las localizadas en las eras, al otro lado de dicho cauce y —desde tiempos más recientes— de la carretera y la línea ferroviaria. Todavía hoy se conservan los espacios de trilla, como consecuencia de haber quedado excluida esta zona de la concentración parcelaria, aunque invadidos ya por la vegetación salvaje. No menos de veinte eras se distribuían aquí (en La Revilla existieron otras dos), donde los afloramientos de cuarcitas no se producen y por tanto habrían de ser traídas de otras localizaciones. Tal circunstancia se expresa de manera palmaria

Selección de algunas industrias líticas trilleras de Padilla de Duero: 1. Percutor, 2 a 9. Núcleos de explotación. 10 a 18. Lascas.





Depósito de cantos rodados de cuarcita, con algún pedernal, a la entrada de una era.

en la acumulación de las mismas —no falta algún pedernal tampoco— a la entrada de la más meridional de las eras, donde todavía se mantiene en pie una de las siete “casillas” o casetas de adobe que servían de cobijo durante el resto del año a trillos y otros aperos; dicho amontonamiento estaría más en relación probablemente con la obtención de dientes de trillo, mediante la extracción de lascas, que con la preparación de suelos de cantos, ya que de las veinte eras sólo una disponía de este preparado.

Llamativamente, las gentes del municipio consultadas², que todavía participaron en las labores de trilla, no han conocido actividad alguna en la falda de

la iglesia parroquial, por lo que necesariamente esas industrias trilleras han de responder a momentos previos al siglo XX, cuestión que nos lleva a plantearnos el origen de las mismas y su trayectoria, para poder concluir sobre su incidencia en el paisaje rural.

Trillar en el valle medio del Duero. Una larga tradición que arranca en la Prehistoria reciente y termina hace medio siglo

El primer poblamiento de carácter sistemático de época postglaciar de la Meseta se produce en el Calcolítico —en la provincia de Valladolid, de diez yacimientos neolíticos (en dos milenios) se pasa a 60 calcolíticos (en un solo milenio, el III)— (Delibes, 2011: 13). Dicho de otra manera, frente al desierto demográfico neolítico, nos encontramos con una malla poblacional y una importancia de los cultivos que permite hablar en la Edad del Cobre de la “primera colonización agrícola”, con yacimientos de tipo “recintos de foso” que tienden a situarse en las vegas, donde se localizan los terrenos agrícolas más productivos, renunciando a los emplazamientos en altura de carácter defensivo (Delibes, 2011: 14-15).

Este proceso de ocupación permanente del espacio configura un cambio ambiental antrópico sin precedentes, ratificado por las columnas de pólenes (por ejemplo en el relleno del foso 1 de El Casetón de la Era, con una clara regresión de la masa forestal mediante la quema para la obtención de espacios de cultivo y progresión de cereales) que indican una agricultura sobre todo de trigo, ratificada por otros ítems como los molinos barquiformes y

los numerosos campos de hoyos o silos característicos de estos asentamientos.

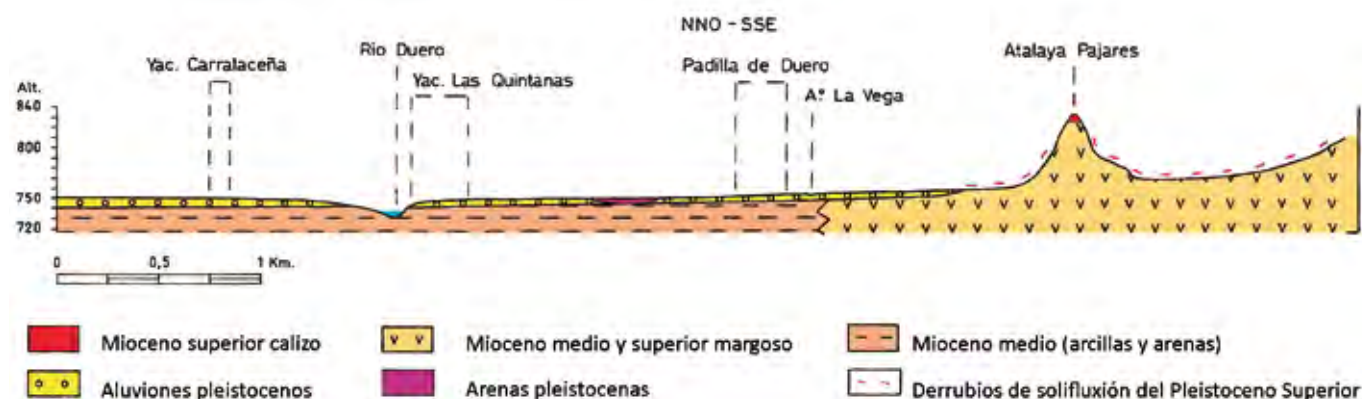
Pero uno de los elementos sin duda más interesantes por lo que ahora nos interesa ha sido la detección en el propio Casetón de la Era de piedras de trillo con “lustre de cereal”, es decir, con un brillo característico en el filo resultante del contacto reiterado con la paja del cereal. La novedad radica en el estudio traceológico (análisis de las microhuellas presentes en las herramientas) de estas piezas que ha venido a demostrar que además de huellas de corte de paja existen otras abrasiones por contacto con la tierra, de lo que cabe deducir que no serían elementos de siega (dientes de hoz) sino de trillado (Gijaba, *et al.*, 2012).

De esta forma puede sostenerse la existencia de trillos desde hace unos cuatro mil quinientos años; bien es cierto que no debe pensarse en los grandes tribula posteriores, sino en otros menores de ramas atadas entre cuyas uniones se dispondrían entre 60 y 80 dientes unidos por algún emplaste (Delibes, 2011: 25). Conviene no olvidar cómo entonces ya, de acuerdo a la denominada por A. Sherratt «revolución de los productos secundarios», la tracción animal habría jugado un papel indiscutible en la tarea de mover estos ingenios para separar la paja del grano.

Es fácil comprender que las necesidades del trillado aumentarían conforme se fuera incrementando la producción cerealista. Durante la Edad del Bronce los arados de madera con tracción animal tuvieron una limitada capacidad de penetración, incluso cuando fueron revestidos de chapa de bronce, en particular en aquellos terrenos más resistentes.

A partir de mediados del primer milenio antes de la Era, durante la segunda Edad del Hierro, propiamente durante la etapa vaccea, la generalización de la metalurgia del hierro representó

Corte geomorfológico a través de Las Quintanas de Padilla de Duero (a partir de Calonge, 1995: 31).



un cambio sustancial, al aplicarse el nuevo metal también al laboreo agrícola, con el diseño e implementación de unos aperos (véase el conjunto depositado en un almacén subterráneo de una casa de Las Quintanas de *Pintia*, constituido por reja, vilortas, gavilán, agujada, garios, pico y azadas de hierro, en Sanz *et al.*, 2003) que habían de mantenerse sin solución de continuidad hasta la mecanización de las tareas del campo a mediados del siglo XX. Tales útiles aumentaron de manera exponencial la rentabilidad agrícola seguramente en una proporción de 1:10. Y conviene aquí recordar que esa mayor disponibilidad de alimentos propició una explosión demográfica y el paso de las granjas y aldeas a las primeras ciudades de nuestra historia.

Si estas ciudades vacceas pudieron alcanzar los diez mil habitantes y en el caso de la de *Pintia* entre cinco y siete mil, conviene establecer la relación del medio kilogramo de pan diario por persona como ración de supervivencia para entender hasta qué punto la superficie cultivada alcanzó una extensión nunca antes vista. Los cálculos realizados señalan la necesidad de 500 ha de labrantío dedicado al cereal por cada mil habitantes, con lo que una población de cinco mil requeriría de 2.500 ha, esto es, 25 km² (Sacristán, 2011: 200); cálculo que no recoge la naturaleza excedentaria cerealista de la economía vaccea, que exigiría tal vez incluso un tercio o la mitad más de producción para poder intercambiar el excedente con materias primas de las que carece la cuenca sedimentaria (granito para los molinos, todo tipo de metales, sal, etc.).

En suma, con la Edad del Hierro llegamos a uno de los momentos cumbre del campesinado meseteño y, en consecuencia y por lo que nos interesa ahora, a un procesado del cereal mediante la trilla que debió de alcanzar proporciones verdaderamente importantes, máxime cuando la paja trillada constituye en el mundo vacceo el complemento imprescindible de la construcción de las casas o de elementos defensivos como las murallas, a base de adobes y tapial. En efecto, aunque las excavaciones arqueológicas no han proporcionado testimonios directos de trillos —aquí la ausencia de evidencia no puede ser considerada evidencia de ausencia, debido al escaso desarrollo de la historiografía vaccea—, sí que cabe señalar algunas indirectas como las improntas que el interior de los adobes de las casas de Las Quintanas

ofrecen, inequívocamente correspondientes a pajas trilladas (Juan-Tresserras y Matamala, 2003: 312).

Se hace evidente que, como tantos otros ítems para esta área (urbanismo, metalurgia del hierro, vino, aceite, etc.), el trillo no fue un elemento civilizador introducido por Roma y que constituye una adaptación tecnológica a una producción milenaria en alza, hasta convertir a estas tierras sedimentarias en el “granero de España”; detrás de la tecnología del trillo cabría ver ese tiempo largo de la Historia al que se refería F. Braudel, que atraviesa épocas y culturas, configurado en gran medida por las características específicas y determinantes de un espacio de acusada personalidad como es la zona sedimentaria central de la cuenca del Duero. De la importancia de este promisorio recurso, el pan, daría testimonio probablemente también el enigmático can o lobo en perspectiva cenital vacceo, con una lengua que lame lo que parece un pan bregado o de cuadrados, en el que incluso queda marcado el punto central en cada uno de los espacios de la retícula, tal y como podemos ver todavía en los panes actuales.

Para ir concluyendo, cabe plantearse ahora cuál pudo ser el impacto de esta actividad trillera en el paisaje. Y para ello se hace necesario ver la dimensión de estas producciones, capitalizadas por la localidad segoviana de Cantalejo. Afortunadamente, existen numerosas referencias —remitimos en particular al detallado estudio de Siguero (1984)— que nos proporcionan los niveles de producción anual por familia: unos trescientos trillos, con unas trescientas familias dedicadas en los años cincuenta del siglo pasado a esta actividad, es decir, que cada año se fabricarían unos noventa mil trillos. Si consideramos que cada trillo incluye unas tres mil chinas, tendríamos que cada año «la ruidosa ciudad de Cantalejo» —téngase en cuenta que la fase final de la construcción del trillo incluía el “*escoplado*” o realización de muescas con el escoplo y el ajuste de los dientes, para lo que era necesario unos seis golpes de mazo por pieza, lo que explicaría el apelativo— producía 27 millones de dientes. Si la fabricación del trillo parece generalizada al menos desde el siglo XVII —desde mediados del XVI ya se fabricaban aisladamente—, podemos hacernos una idea del volumen e impacto de estas industrias, aunque cabe señalar

que la materia prima más utilizada fue el pedernal, de diferentes procedencias como las canteras de Jadraque y Sigüenza (Guadalajara), pero también de otras localizaciones de las provincias de León, Burgos y Palencia (Siguero, 1984: 174), con lo que las cuarcitas tendrían un protagonismo relativo.

Estos trillos se construían desde el otoño hasta la primavera. Los trilleros salían a venderlos en el mes de mayo y realizaban sus desplazamientos de venta o mantenimiento durante todo el verano hasta el mes de noviembre. Sus principales mercados eran Castilla la Vieja, León, Castilla la Nueva, Extremadura, la región valenciana y Aragón, esporádicamente Santander y la región andaluza (Siguero, 1984: 178). En la cercana Peñafiel, la venta de estos trillos se hacía sobre todo en el mercado de ganado en la Feria de la Ascensión, durante el mes de mayo. En Padilla de Duero nuestros informantes nos han relatado cómo todos los años, trilleros de Cantalejo o de otras localidades cercanas como Pesquera de Duero, se dedicaban durante una semana a reparar los trillos para suplir aquellos desafilados o reponer los perdidos.

Podemos calcular que para asumir las tareas de trillado en Padilla de Duero se necesitara como mínimo un trillo por campesino. A mediados del siglo XIX, el *Diccionario* de Madoz recoge que en Padilla de Duero había 73 vecinos y 306 almas. Más preciso resulta el catastro del Marqués de la Ensenada un siglo antes, cuando señala 61 vecinos, de los cuales 25 útiles, 33 jornaleros y 3 viudas —indica también las obradas (medida consistente en la labor de arada realizada en una jornada por una yunta de animales, equivalente a 2,5 ha) destinadas al cultivo de cereales en el término: 590 de trigo, 69 de cebada y 400 de centeno (en las tierras de peor calidad)—. En suma, esos 25 “útiles” (o “pecheros”) vendrían a coincidir *grosso modo* con las veinte eras actuales (veintidós si sumamos las de La Revilla) que en los últimos siglos pudieran expresar las potencialidades agrícolas de esta pequeña localidad. La explotación tipo tenida por unidad agrícola era la de un par de mulas; pocos podían alcanzar el doble, aunque algunos tenían caballerías para trillar con doble pareja de bestias al tiempo. La duración de estos trillos, debidamente cuidados y almacenados, podría extenderse en el tiempo, y tal vez la sustitución producirse cada



Paisaje agropecuario de Padilla de Duero: cañada real (verde), eras (morado) y área de dispersión de las industrias líticas trilleras (naranja). (Fotografía del vuelo americano de 1956) .

diez o veinte años. Si admitimos que en las eras padillenses se daban cita treinta trillos y que un 10% de los dientes (300 unidades) se reponían antes de cada cosecha, obtenemos un total de 9.000 dientes de trillo por año. Sin olvidar que todos los años llegaban trilleros de Cantalejo o lugares más próximos y podían aportar piedras ya talladas o preparadas, cabe pensar que algunas de ellas hubieran de improvisarse localmente para atender toda la demanda, como ratifica el hallazgo de algún percutor con las señales inequívocas de uso o la presencia de depósitos de cantos a pie de eras, recordemos, terreras. No parece necesario importunar con engordados guarismos resultantes de multiplicar dicha tasa de reposición por trecientos, cuatrocientos o más años, y añadir la renovación cada cierto tiempo de trillos completos.

El impacto de esta industria lítica trillera a lo largo de varios siglos explicaría la amplia dispersión de núcleos y lascas existente en éste y otros municipios agrícolas, cuyos productos conviene no

confundir con los tallados más antiguos que hemos podido recoger también, aunque más excepcionalmente, en el entorno del pueblo, pero lejos de su posición original tal y como su inequívoca pátina, resultante de la intensa acción erosiva de arrastre y excavación de terreras en los periodos interglaciares del Pleistoceno, vendría a demostrar.

En suma, aún alcanzamos a reconocer un paisaje agropecuario tradicional, con la Cañada Real discurriendo al norte de Padilla y las eras dispuestas al sur en el camino hacia Manzanillo, restos de industrias líticas trilleras aquí y acullá, testigos de otros tiempos aparentemente no tan lejanos pero perdidos irremisiblemente, cuya imagen congelada en algún “museo” o “aula de interpretación” no deja de ser sino el certificado de defunción de un mundo rural ya caduco.

Nota

1. La ubicación, a propuesta del Alcalde y Arquitecto municipal de Peñafiel, sin con-

sulta alguna ni exposición en el tablón de anuncios de Padilla de Duero, se publicó durante el mes de agosto de 2017, teniendo constancia de la obra en el momento de su ejecución y creando un fuerte descontento y oposición en el pueblo.

2. Agradecemos a D. Carlos Llorente y a D. Álvaro Valdezate la información proporcionada.

Bibliografía

- ÁLVAREZ ALONSO, D. Y DE ANDRÉS HERRERO, M. (2001): “El impacto de los conjuntos de trilleros en el registro paleolítico de la Meseta. Una aproximación etnoarqueológica”, *Complutum*, 22 (1), pp. 177-191.
- BENITO DEL REY, L. Y BENITO ÁLVAREZ, J. M. (1994): “La taille actuelle de la pierre à la manière préhistorique. L'exemple des pierres pour tribula à Cantalejo (Segovia, Espagne)”, *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 91 (3): pp. 214-224.
- CALONGE CANO, G. (1995): “Rasgos básicos del medio físico correspondiente al territorio vacceo del valle medio del Duero”, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio A.C. en el Duero Medio*, Junta de Castilla y León, Valladolid, pp. 21-46.
- DELIBES DE CASTRO, G. (2003): “Antes de Pintia. Notas sobre el poblamiento prehistórico en el entorno de Padilla de Duero”, en C. Sanz y J. Velasco (eds.), *Pintia, un oppidum en los confines orientales de la región vaccea*, Valladolid, pp. 23-42.
- (2011): *El pan y la sal. La vida campesina en el valle medio del Duero hace cinco mil años*, Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid, Discurso de ingreso. Valladolid.
- JUAN-TRESSERRAS, J. Y MATAMALA, J. C. (2003): “Análisis de adobe, pigmentos, contenidos de recipientes, instrumental textil, material lítico de molienda y cálculo dental humano procedentes del yacimiento de Pintia”, en C. Sanz y J. Velasco (eds.), *Pintia, un oppidum en los confines orientales de la región vaccea*, Valladolid, pp. 311-322.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (2011): “El urbanismo vacceo”, *Complutum* 22 (2): pp. 185-222.
- SANZ MÍNGUEZ, C., ROMERO CARNICERO, F., VELASCO VÁZQUEZ, J. Y CENTENO CEA, I. (2003): “Nuevos testimonios sobre la agricultura vaccea”, en C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), *Pintia, un oppidum en los confines orientales de la región vaccea*, Valladolid, pp. 99-123.
- SIGUERO, A. (1984): “Los trilleros”, *Revista de Folklore*, 41: 175-180.

Carlos Sanz Mínguez